





DEBERES
DE LOS
ECLESIASTICOS



BX1912

R5

C. 1

45770

009446

LIBRERIA AMERICANA
BAJOS DE LA BELLA UNION.
31-2



1080021488



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

DEBERES Y ESPIRITU
DE LOS
ECLESIASTICOS.

DEBERES Y ESPIRITU

DE LOS

ECLESIASTICOS

PARA USO DE LOS SEMINARIOS

OBRA ESCRITA EN ITALIANO

POR EL PREBOSTE ANTONIO RICCARDI

—
Traducida al castellano de la última edición
publicada en Milan.



PARIS

LIBRERIA DE ROSA, BOURET Y C^{ta}

—
1850

Paris. — Imprenta Schneider, calle d'Erforth, 1.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES
45950

BX 1912

R5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LOS EDITORES.

Entre las publicaciones que hacemos para las repúblicas americanas, les ofrecemos hoy, traducida al español, la obra *de los deberes y del espíritu de los eclesiásticos*, del preboste don Antonio Ricardi, cuyo nombre la recomienda suficientemente. La ciencia y la piedad que distinguen á este dignísimo sacerdote, le han merecido, en toda la Italia, el mas alto aprecio y una justa celebridad por este y otros escritos suyos. En pocos años se han despachado tres copiosas ediciones de esta obra, cada dia mas estimada y solicitada por los eclesiásticos italianos, y adoptada en los seminarios. Aunque destinada especialmente á estos, es utilísima á todos los saacer-

009446

dotes, por encerrar, compendiosa y sabiamente dispuestas, todas las partes de la doctrina de santificación y perfección sacerdotal; por manera que en esta obra se encuentran unas completas instituciones para formar y conservar en el clero aquel espíritu propio de su estado, que es su índole, y que san Ambrosio llamó *genium sacerdotale*.

Aunque á primera vista no aparezca en la obra del señor Ricardi sino un tratado eclesiástico, descúbrese en toda su composición un pensamiento grande y benéfico, mostrándose en ella que el autor comprendía bien que la santificación de los pueblos, y por consiguiente su moral y su felicidad social, dependen de la santificación y perfección de los sacerdotes, por la influencia que al sacerdocio corresponde en las sociedades humanas. La religión y la patria se presentan juntas á sus ojos; la una suspirando por la salud de las naciones, la otra pidiéndole ministros fieles para obtenerla. El oráculo del Espíritu Santo que *el pueblo será como el sacerdote*, se ha visto cumplido en todos tiempos. Las virtudes del clero se reproducen en el pueblo; sus desórdenes trascienden á este; sobre él ha reflejado con fecundidad la ciencia del sacerdocio; y cuando este ha sido ignorante, aquel ha perdido la sabiduría moral á pesar de sus adelantos materiales.

Esta es la historia del sacerdocio. Recórranse sus

anales, y se hallará confirmada esta verdad en pueblos y naciones, y aun hoy mismo se palpa en muchas partes esto que aquí recordamos. Puede decirse del clero de una nación, lo mismo que de cada uno de sus individuos, lo que el santo viejo Simeon profirió en el Templo á la vista del Niño de las divinas promesas. « Este está destinado para ruina y para resurrección de muchos, y para ser el blanco de la contradicción. »

Después de cuanto se ha escrito sobre el sacerdocio y sus deberes desde San Juan Crisóstomo hasta Masillon, todavía en nuestro siglo varones sabios y previsivos se esfuerzan en promover por sus escritos la santificación y perfección de los sacerdotes. Sus virtudes son su gloria; y aun en las épocas más turbulentas siempre el sacerdocio da ejemplos de virtud. Pero en ningún tiempo es más necesario trabajar en realzar estas virtudes y avivar el espíritu eclesiástico, que en el presente siglo, en que á las persecuciones bárbaras de los que precedieron, se ha sucedido la de la burla, el insulto, las vejaciones y el menosprecio; porque el error dominante del siglo es considerar el sacerdocio y la misma religión que él enseña solamente como un medio de gobierno; y así todos los gobiernos que se mezclan en la religión, pretenden administrarla como uno de los ramos de la administración

pública. Contra tamaño desórden no hay barrera mas invencible que un sacerdocio penetrado de su propio espíritu, para que este espíritu se muestre en su doctrina y en sus obras, siendo aquella la doctrina de fé pura que hizo tan esclarecido el nombre de los santos doctores, y estas de virtud heróica que obligue á sus mismos enemigos á no decir nada malo de los sacerdotes, sino con notaria malignidad.

Varones respetables del mismo clero americano han aprobado la publicacion de esta obra, estimulándonos á ello, convencidos de los felices resultados que de su estudio esperan en los seminarios y en el clero en general. De nuestra parte los esperamos tambien, especialmente, si los Ilustrisimos Señores Obispos de aquellas repúblicas se dignan de apoyar esta publicacion, con la cual creemos ofrecer un medio mas á su zelo para la formacion de los levitas en sus seminarios, de los cuales depende en mucho la suerte de los pueblos del nuevo mundo.

AL ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO

DON GABRIO MARIA NOVA

OBISPO QUE FUÉ DE BRESCIA,

CABALLERO DE LA ORDEN IMPERIAL AUSTRIACA, LA CORONA
DE HIERRO⁴



Un libro DE LOS DEBERES Y ESPÍRITU DE LOS ECLESIÁSTICOS, solo esperar podriase de la mano de un sugeto esclarecido por la piedad y por la doctrina eclesiástica, y seguramente, nunca hubiera osado mi pluma tratar de tan sublime argumento, si una circunstancia casi eventual no me hubiera decidido á ello.

Un digno sacerdote, amigo mio, me mostró en una ocasion, un opúsculo manuscrito en lengua francesa, que le habia remitido de Venecia un santo eclesiástico, uno de esos ilustres varones desterrados de su pais natal, cuya piedad nuevo brillo

⁴ Ha deseado el autor que la obra presente fuese publicada bajo los auspicios de un prelado de tan gloriosa memoria á quien la mayor veneracion profesaba. En consecuencia reproducimos la misma epístola dedicatoria que contenia la primera edición, y que habia sido omitida en la segunda.

y pureza halló con en el crisol de la pasada tribulacion de la Francia, progresando cada vez mas en las vias del Señor. Intitulábase este manuscrito : *Sentimientos de piedad sobre la dignidad y santidad de los sacerdotes*; y mi amigo me aconsejó que lo tradujese y lo diese á la luz, juzgando que debía ser muy útil. Leilo á este efecto, y puedo decir que me conmovió el corazon con la uncion y la vitalidad de esos nobles sentimientos que solo Dios puede enviar. Al volverlo á mi amigo, que mejor que yo podia emprender su traduccion, volvió á exhortarme á que tomase á mi cargo este ligero trabajo. Concluido este, como el texto francés solo concernia á lo digno y santo del sacerdocio, me vino al pensamiento añadir yo mismo algunos otros sentimientos relativos á los deberes de este sublime estado, para que mi publicacion presentase un caracter mas completo é integral; pensamiento que se complació en aprobar mi amigo. Puse manos á la obra con la intencion de ser muy breve; mas, al creer terminarlo, me pareció imperfecto, y juzgué conveniente volver á comenzar de nuevo, para dar al asunto cierto orden y mayor estension. En lo sucesivo, cuando por segunda vez creí haber concluido, observé de nuevo que convendría dar mas amplio ensanche al cuerpo de la obra, para que mas completo fuese el tratado. Asi de añadidura en añadidura, he visto crecer el tomo en mis manos, y con la idea de esponer pocos sentimientos, me he hallado empeñado, casi sin quererlo asi, en la composicion de un libro. El anónimo francés fué el grano de mostaza, que, *cum seminatum fuerit, ascendit et fit majus*, si bien todo en incremento y ensanche que le he dado, no tendrá el sabor del primer grano. De este modo lo principal se ha vuelto lo accesorio, y lo he agregado como apéndice, al fin de mi libro cuya joya será. Casi estaba determinado á omitirlo, siendo ya tan voluminosa mi publicacion; mas no me convenia hacerlo asi, tanto por reconocimiento, pues ha sido el manantial de todo, como por utilidad, siendo la mejor parte, y por amor propio, lisongeándome que el apéndice haga pasar la obra entera.

Este mismo fin espero lograr con la inscripcion del nombre de su Ilustrisima á la cabeza de esta publicacion que le está dedicada. En efecto, el solo nombre de monseñor Nava, que, entre sus mas venerables obispos cuenta la Italia, basta para recomendar una obra cualquiera; y la que trata *De los deberes y espíritu de los eclesiásticos*, parece tener un derecho especial á la proteccion de un prelado que se ha distinguido eminentemente en todas las partes del ministerio episcopal, y cuyo zelo en lo tocante á la direccion del clero escede á todo encomio. A todos consta la paternal solitud de su Ilustrisima al loable objeto de la custodia episcopal á que con tanto afán se ha dedicado; y, para coronar tantos desvelos y fatigas, parece que el Señor ha renovado el prodigio que operar quiso en la institucion de los setenta ancianos de Israel, cuando dijo á Moisés : *Auferam de spiritu tuo, tradamque eis, ut sustentent tecum onus populi* ¹.

El espíritu del padre se ha trasmitido á los hijos, el del obispo á los sacerdotes de esta vasta diócesis; mas nadie mejor que su Ilustrisima sabe que este espíritu debe ser cultivado, y que nada hay mas conducente á este objeto que buenos libros que traten de materias eclesiásticas. Varias veces, á influjo de sabios y virtuosos eclesiásticos publicadas han sido varias obras del mismo género para uso de los seminarios; y no ignoro que por manos de tantos ha pasado esta mies, que superfluo podría parecer mi trabajo. Mas no hay autor que no se ilusione de presentarse al público con algun nuevo mérito, y el mio, si es que existe, consiste en haber arreglado mi obra con algun método, y en lo escogido y general de las materias, que no se encuentran tal vez reunidas en otro autor de este género; como igualmente en haber insistido principalmente en la teórica, sin haber descuidado la práctica, que es siempre lo mas instructivo. Y aun admitiendo que solo en mi imaginacion cupiesen estos distintivos, que podrian recomendar

¹ Numér., c. 11, 17,

mi tratado, bastaria para el objeto que me propongo de ser util á mis hermanos, la novedad de la obra y de la edicion, pues la nueva no deja de producir cierta curiosidad, y util es que estos libros salgan á luz repetidos, para que se hallen al alcance general, al mismo tiempo que diversificados, para el gusto y necesidades de todas clases.

Solo me queda dar las mas sinceras gracias á su Ilustrisima, por la extrema benevolencia que le ha movido á aceptar la dedicacion de este libro que osé ofrecerle como ligera prenda de la veneracion que profeso por sus virtudes y por lo alto del ministerio que ejerce. Permitame igualmente que le asegure que, mas que mi obra, le he dedicado mi corazon y persona, y que siempre seré con el mayor respeto, afeccion y reconocimiento

De Su Ilustrisima

Humilde, obediente y afectisimo servidor,

P. ANTONIO RICCARDI.

DEBERES Y ESPIRITU

DE

LOS ECLESIASTICOS.

CAPITULO I.

DE LA VOCACION ECLESIASTICA.

—
ARTÍCULO I.

Necesidad de la vocacion al estado eclesiástico demostrada por la razon.

Solo de Dios puede venir la vocacion al sacerdocio. Si en todos los estados es necesaria la vocacion de Dios, como derecho de su autoridad, efecto de su sabiduria y regla de su providencia, lo es mayormente en el estado sacerdotal, servicio mucho mas elevado y mas especial en la casa del Señor. El sacerdocio no es humano sino divino: Dios lo dió al Verbo encarnado que lo comunicó á sus Apóstoles para que lo trasmitiesen á sus sucesores; pues, al subir al cielo, quiso el hijo de Dios perpetuarlo en